

Mientras me olvidas

Ricardo Álvarez Gutiérrez



Capítulo 1

Introducción. Mientras me olvidas

Estoy tratando de vivir mientras te olvido, pero se me da fatal no pensar en ti.

Me pregunto cuánto tiempo te llevó olvidarme. Yo nunca pude hacerlo. Incluso hoy deseo recuperarte. ¿Pensarás alguna vez en mí? ¿Te acordarás de lo nuestro? Me gusta pensar que te has inspirado en mí para construir alguno de los personajes de tus novelas. Sé que es una ilusión que no tiene sentido, porque tus personajes masculinos son tan elegantes, altos y educados que son lo opuesto a mí, pero soy feliz con la ilusión de que aún me recuerdas.

Cada vez que te veo en las noticias se me llenan los ojos de lágrimas y solo me imagino yendo hasta los estudios para esperarte a la puerta y abrazarnos; abrazarnos en cuanto salgas como si todos estos años no hubieran pasado.

Nunca pude superarte. Quisiera recuperarte, estar contigo. Pero mírame. Míranos. Estás preciosa, más interesante que nunca, triunfando en el periodismo y en la literatura. Y yo, aquí, viéndote en la tele para recordar que pude ser feliz.

Tuve que ser fuerte por los dos. Sabía que te ibas a venir conmigo y destruir tu futuro. No podía consentirlo. No me hubiera perdonado ser yo el culpable de tu infelicidad.

Capítulo 1. Insufrible

Nuestra historia comenzó el primer día del primer curso de periodismo. Cuando terminamos el instituto, yo no tenía claro qué estudiar. Sabía que tenía que estudiar algo de letras. Soy de letras, qué le voy a hacer. Podía ser Historia, Filología o cualquier carrera de esas que te sirven para dar conversación siendo camarero, porque ese es el futuro laboral más probable.

Un día fui a buscar a Silvia. Me ordenó que subiera a su piso y entrara a su habitación. Estaba terminando de pintar un cuadro. La luz del sol que se estaba ocultando tras las montañas acariciaba con suavidad su rostro color chocolate. "Una diosa de ébano", como dicen siempre sobre las modelos negras. Lo cierto es que estaba preciosa con el mono tejano lleno de pintura y desabrochado por el hombro izquierdo. El pelo rizado se le alborotaba con gracia hacia un lado y otro. Me acerqué y me quedé mirándole los labios.

—¿Qué tengo? —preguntó mientras se pasaba el dedo por el labio inferior. Pensaba que la miraba porque le había saltado algo de pintura.

—Unos labios espectaculares —respondí. Me acerqué y la besé.

—¡Qué tonto eres! —dijo en cuanto me aparté.

—¿Quieres que me vaya y venga más tarde, cuando termines? —le pregunté al tiempo que me dejé caer en la cama.

—¡No, no! —contestó mirando hacia atrás para verme—. Me encanta que me observes cuando pinto.

—No te pongas tonta, que la liamos. —Me levanté y la abracé por detrás mientras le besaba el cuello.

—Que está mi madre en el salón —susurró cerrando los ojos y apoyando la cabeza hacia atrás contra mi pecho.

—¿Se va a ir? —Asintió a la vez que se mordía el labio—. Entonces te dejaré tranquila de momento. —Sonreí con picardía y me eché encima de su cama.

—Te quería comentar una cosa, pero me desconcentras.

—¡Qué serio suena eso! —fruncí el ceño con inquietud.

—No es nada malo, hombre. He pensado que voy a inscribirme en Periodismo.

—Uy, qué interesante. —Me incorporé y me senté— Ni se me había ocurrido esa carrera. Aunque sigo sin saber por qué no te apuntas a Bellas Artes.

—No sé, no me veo. Me gusta pintar y no dejaré de hacerlo, pero, ya sabes, no me gusta ninguna profesión de las habituales para Bellas Artes.

—Con el talento que tienes, lo único que necesitas es darte a conocer.

—¡Qué exagerado eres! —exclamó avergonzada.

—Estoy pensando...

—¡Qué miedo me das! —bromeó.

—Voy a echar la preinscripción para Periodismo yo también; a ver si logro entrar.

—¿Estás seguro?

—Sí. Ahora que me lo he planteado no me veo en otra cosa.

—Sara va a estudiar periodismo también. Igual nos toca a todos en la misma clase.

—Si tenemos que ir juntos, vamos juntos. ¡Qué se va a hacer! —No quería mostrar desagrado, aunque mi cara me delató

—Si no te gusta la idea, estudia otra cosa —se molestó.

—A ver, que no pasa nada. Ahora me ha gustado la idea de hacer periodismo.

—Por mí, genial. Os tendré más tiempo a mi lado, así que no puedo pedir más. —Se puso en mi regazo, me dio un beso cariñoso en la mejilla y me abrazó—. Eso sí, a ver si cambias tu actitud con ella, que parece un crío.

—No hago nada —protesté—. No le presto atención, pero tampoco me parece que diga o haga nada por lo que se pueda molestar.

—Eso te crees tú —me recriminó—. Tendrías que verte desde fuera.

—Ella también hace cosas que me molestan —contesté.

—Un comentario muy maduro, sí. "Y ella más, profe" —se burló—. Solo te digo que si vamos a pasar tanto tiempo juntos, te dejes de chiquilladas y pongas de tu parte para llevarnos lo mejor posible.

—Intentaré poner de mi parte para llevarnos bien.

—"Intentaré" no es la palabra.

—Vale, vale. Voy a hacer lo posible para llevarme bien con ella —dije

remarcando cada palabra—. ¿Tú no lo estudiarás solo por ir con Sara, no?

—¡Vaya! Desde que yo dije que quería estudiarlo —replicó molesta—, parece ser la vocación de toda tu vida; pero, ¡ah!, tú lo has decidido solito. Yo no; yo lo hago por ir con mi amiguita.

—No digo eso. Si tú estás segura de que es lo que quieres, perfecto. ¡Vaya rapapolvo en un momento! —se rio—. Y eso estando abrazados. No quiero imaginar cómo será nuestra primera discusión. —Silvia soltó una carcajada y me dio un beso.

Tú y yo nos habíamos conocido unos meses antes, y me habías parecido insufrible. Desde que empecé a salir con Silvia, no paraba de insistir en quedar contigo, mientras yo trataba de evitarlo. Por lo que me comentaba, me daba la sensación de que eras una pija insufrible. No tengo nada contra los pijos (muchos de mis amigos lo son), pero sí contra los insufribles.

Sin embargo, a los dos meses de empezar mi relación con Silvia, tú empezaste a salir con mi mejor amigo, Jon, así que se hizo inevitable el encuentro. En cuanto aparqué el coche delante del restaurante donde habíamos quedado, me arrepentí. Nos saludasteis desde la entrada y esperasteis para que entráramos los cuatro juntos.

—No recuerdo que este sitio tenga muchas opciones para veganos. Les dijiste que buscaran uno con opciones, ¿no?

—Sí, sí. Hablé con Sara y dijo que ella se encargaba.

—Eso espero. Con el día que llevo, lo que menos me apetece es cenar una triste ensalada de lechuga, tomate y cebolla.

—¿Estás mejor? Si no estás de humor, les doy alguna excusa y nos vamos a casa.

—Tranquila, estoy mejor. Supongo que me vendrá bien distraerme un rato.

—Sí, seguro que sí —susurró mientras me acariciaba el brazo—. Y no te preocupes: encargándose Sara, te digo yo que se habrá asegurado de que haya mucho donde elegir, cotejará opiniones para cerciorarse de que tengan buenos platos y hasta habrá ido al sitio para comprobar que es agradable.

—Genial.

—Además, me dijo que tenías que explicarle bien eso del veganismo, que ella lo que sabía de ello es que era una moda de gente snob.

A mí se me cambió la cara. Me subió un nervio por todo el cuerpo que me apeteció irme. Nunca pedí a nadie que se hiciera vegano ni critiqué nunca a alguien porque no entendiera mis motivaciones, pero ese menosprecio que muchas personas tenían hacia el veganismo no lo podía soportar. Y menos si tenía que cenar con gente que pensara así, claro.

—No, hombre —intentó suavizar las cosas Silvia al ver mi cara—. Lo que quiso decir es que no entiende bien el veganismo y que la visión que se tiene, en general, es esa.

—Ya.

—Oye, no te enfades —susurró con suavidad mientras me cogía del brazo—. Para mí es importante que os llevéis bien.

—Lo intentaré —ladeé la cabeza haciendo ver que no sabía si era posible.

Llegamos hasta la entrada, donde nos esperabais. Apenas miré hacia ti, aunque fue inevitable ver lo guapa que eras. El pelo castaño claro, casi rubio, te caía con gracia sobre los hombros, con ondulaciones en la parte inferior, sobre los tirantes de tu vestido azul de falda por encima de la rodilla. Tenías casi mi estatura, así que cuando estábamos frente a frente quedé a la altura de tus ojos, demasiado claros para decir que eran marrones y demasiado oscuros para asegurar que fuesen verdes. Pero no, apenas te miré.

Nos sonreíste con alegría y ternura. ¡Me caías mal! ¡Quería que me cayeras mal! Sin embargo, tenías esa sonrisa tan dulce y esos rasgos tan jodidamente delicados que no sabía si sería capaz. Pensé que, si no fueras tan insufrible, serías adorable.

—Esta es Sara —nos presentó Silvia a la puerta del restaurante.

—¡Hola! —saludaste, sonriendo—. Tenía muchas ganas de conocerte.

—Ya —respondí. Intenté quitarme el enfado de encima, pero me resquemaba el estómago. Mi novia te tenía por una mujer inteligente; sin embargo, despreciabas algo tan importante para mí sin conocerlo siquiera—. Yo también me alegro —sonó más sarcástico de lo que yo pretendía.

—Silvia me ha hablado mucho de ti. — Te acercaste para darme dos besos. Siempre recordaré el olor que me embriagó, esa fragancia que me transportaba al frescor de las tardes del final de la primavera en los que salía a recoger arándanos con mi madre y que, a partir de ese momento,

siempre asociaría a ti.

Jon vino al rescate. Me saludó y entramos al restaurante. Cuando trajeron la carta, la miré con detenimiento. Como sospechaba, en toda la carta solo había un plato que fuera específicamente apto para veganos: la ensalada de lechuga, tomate y cebolla que se sirve de guarnición.

—No hay mucho donde elegir, no —protesté.

—Puedes pedir los boletus. Diles que no te echen langostinos —señaló Silvia en la carta.

Cuando llegó el camarero, intenté pedirlo, pero, por lo visto, en un sitio tan pijo como el que habías escogido no permiten hacer modificaciones a los platos, así que se negó a traerlo sin langostinos. ¡A quién podía gustarle un sitio así! ¡Teníamos 18 años, no 70!

Solo pude pedir una ensalada. Creí que podría cenar algo más apetecible, pero ya estoy acostumbrado. Mientras el camarero tomaba comanda a cada uno de vosotros, saqué el móvil para ver cómo estaba mi madre.

Yo

¿Qué tal todo por ahí?

21:46

¿Alguna novedad?

21:46

Mamá

Todo bien, hijo.

21:46

No, nada.

21:47

Yo

Si aparece papá, avísame.

21:47

Mamá

Sí, sí.

21:47

Yo

Pero avísame de verdad.

21:47

Y en cuanto sientas la puerta.

21:47

Mamá

Vale.

21:48

Yo

Y nada de pastillas hoy, por favor.

21:48

Mamá

¡Que no!

21:48

Yo

Cualquier cosa, me avisas.

21:48

Te quiero

21:48

Un beso

21:48

—Tiene que ser complicado que no haya muchas opciones —dijiste intentando disculparte. "Sí, es complicado si escoges un sitio de mierda como este", pensé.

—No, tranquila —por un momento quise cambiar el tono, pero te vi fingiendo preocupación y no pude soportar más esa actitud egocéntrica de haber escogido restaurante basándote solo en tus gustos, sin tener en cuenta a los demás—. Ya estoy acostumbrado a ser el raro en todas las reuniones, a que mis padres se rían de mí en cada comida, a no tener elección en los restaurantes, a que me miren como un bicho raro. Pero tranquila, todo esto es una pose, un esnobismo que está de moda.

—Oye, oye —me cortaste—. ¿Quién te crees para hablarme de esa manera?

—Tristán, tío, córtate —añadió Jon muy serio.

Me levanté malhumorado, fui a la barra y pedí una cerveza. Jon vino detrás y se sentó en un taburete a mi lado. Yo estaba de pie, inquieto.

—Oye, ¿qué te pasa? Mira cómo te has puesto.

—Lo que no es normal es avisar para que se escoja un sitio con alguna opción y terminar comiendo una maldita lechuga.

—Cuántas veces has comido una ensalada y tan tranquilo.

—Sí, hombre, pero hemos avisado. No es normal.

—Vale, lo siento. ¿Eso justifica que te pongas así? Oye —me puso la mano en el hombro—, Sara es especial. No tiene nada que ver con ninguna de las chicas con las que he estado.

—¿Seguro? —le miré arrugando la frente.

—Me estoy enamorando, Tristán. —eché la cabeza hacia atrás y abrí los ojos con sorpresa—. Tú sabes que nunca me he enamorado. De hecho,

creo que nunca me has oído hablar de amor.

Jon, enamorado. No salía de mi asombro. Era cierto: nunca le había oído hablar de nada que se acercara mínimamente a algo romántico. La relación más larga que le recordaba era de tres semanas. Casi había llegado a cuatro una vez.

—Puede que tengas razón. He tenido un mal día y estoy más susceptible de lo normal. Lo siento.

—¿Ha pasado algo? —no pude evitar emocionarme y Jon lo notó— ¿Tus padres? —Asentí—. Tenéis que hacer algo, tío. Un día va a haber una desgracia.

—Ya —se me inundaron los ojos con rabia. Ese día le había contado todo a Silvia. Cuando me preguntó Jon, creí que me hundía. Ya conocía la historia, pero no estaba al tanto de lo que habíamos vivido en casa durante la última semana. Quise abrazarlo y contarle todo. Necesitaba compartir esa carga con él. Sin embargo, sabía que ese no era el lugar ni el momento.

—Tranquilo, tío —dijo con suavidad y firmeza. Me puso la mano sobre el hombro y apretó con fuerza—. Sabes que estoy aquí para lo que necesites.

—Gracias —contesté enjugándome las lágrimas. Tomé aire profundamente para recuperar la respiración normal—. Venga, vamos a cenar.

Extendí el brazo para indicarle a Jon que pasara delante de mí y nos dirigimos a la mesa. Tú y Silvia estabais cogidas de la mano.

—Sara, quiero pedirte perdón —me disculpé con todo el aplomo que me fue posible.

—No pasa nada. ¿Un poco de vino?

—No, gracias —no era el momento de explicarte por qué muchos vinos no son aptos para veganos. Tampoco estaba de humor para investigar si aquel en concreto lo era, así que me serví agua.

—Sara también escribe —expuso Jon intentando romper el silencio.

—Ya —respondí. No tenía ganas de hablar, la verdad. Silvia me dio una patada por debajo de la mesa para que pusiera de mi parte—. Si, ya me contó Silvia —traté de cambiar el tono.

—¡Es una pasada cómo escribe! Me encanta.

—Bueno, Jon, tú qué vas a decir —bromeé. No tenía ningún interés en hablar de nada. Quería irme a casa o, al menos, a algún sitio para estar a solas con Silvia. No teníamos que haber ido. No quería estar allí.

—No, en serio. Yo no leo tanto como vosotros, pero nunca he leído nada que provocara tantas emociones como lo que escribe Sara.

—¡Qué tonto eres! No me avergüences.

—¿Qué escribes? —pregunté. Decidí que, ya que íbamos a estar allí durante la cena, iba a procurar que no fuera una situación tan incómoda.

—Bueno, de todo un poco. Sobre todo, escribo novelas. —Me sorprendió. Me imaginaba que contestarías algo más ambiguo, como varios artículos y algún relato corto.

—Yo no tengo la constancia para escribir novelas, la verdad. ¿Escribes algún género en concreto?

—Me gusta mucho la novela negra. He escrito tres de ese género. Y una romántica.

—¿Cuatro novelas ya? —dije sorprendido. A esa edad alguien puede escribir una como mucho. Y normalmente muy mala. ¡Pero cuatro! Eso era algo muy serio que exigía mucho trabajo y constancia. Me entró la curiosidad por saber cómo eran, si habías intentado publicar, cómo te organizabas...

Cuando trajeron los platos, saqué mi táper de emergencias y vertí avellanas, pistachos, nueces y anacardos a la ensalada. Yo tenía mucha hambre y, por suerte, Silvia apartó para mí unas patatas y verduritas que le habían servido de guarnición. A partir de ese momento, intenté cambiar de actitud y pasar un rato agradable.

Fuimos a El Rincón de Marc. Me gusta más ir sobre las ocho de la tarde, que es un sitio más tranquilo donde se puede tomar una cerveza tranquilamente y charlar. Además, como supiste más tarde, allí se puede pedir hamburguesa vegana. Me pareció bien ir, de todas formas. Me apetecía distraerme un rato. Al llegar, encontré en la puerta a todo el equipo de fútbol sala con el que había jugado el año anterior. Estuve un rato con ellos. Lo que necesitaba era eso: aquellos gritos despreocupados, los golpetazos de compañerismo en la espalda y los abrazos de exaltación de la amistad de los que estaban más borrachos. Lo que necesitaba era despreocuparme de todo y divertirme.

Al rato, habíais ido a pedir a la barra y nos pusimos cerca de la entrada. Yo estaba pasándolo bien, pero tú estabas allí parada como un poste. Si no te hubiera visto nunca más, hubiera dicho que eras aburrida. Muy aburrida.

Para intentar sacar conversación, te interesaste por la cerveza que estaba tomando yo. Me preguntaste por qué casi ninguna cerveza era vegana. En otro lugar y en otro momento no me hubiera importado contestarte. De hecho, dos años antes hubiera salido contigo afuera solo para explicártelo. Cuando empecé a conocer el veganismo, me gustaba explicarle a la gente, al menos a los que mostraban un mínimo de interés, qué significaba ser vegano y cualquier cosa relacionada con el tema. Después de un tiempo, me cansé de contar siempre lo mismo a gente a la que no le importaba.

En todo caso, no sabía si tenías realmente interés. Pensabas que el veganismo era una moda snob. Y me habías llevado a un sitio en el que no tenía ninguna opción para cenar. Eso era lo que te podía interesar en realidad el veganismo. Además, en ese momento solo quería distraerme, beber algo y hacer un poco el tonto. Agarré a Silvia de la cintura y empezamos a bailar. Vamos, a movernos haciendo el payaso. Estuve un rato bailando con ella. Cada poco nos deteníamos para besarnos. La apretaba con fuerza contra mí. Nunca había querido tanto a nadie. Nunca había sentido esa pasión hacia alguien. Y sentía cómo ella respondía a cada caricia, a cada beso, a cada roce. Lo único que deseaba era irme con ella a su casa y explorar cada centímetro de su cuerpo.

Traté de recomponerme de la excitación. Vosotros estabais apáticos, quietos. Jon se movía un poco al ritmo de la música, pero tú estaba allí completamente estática. Vi a unos conocidos en la barra. Pensé que si iba un rato con ellos, Silvia y tú podríais hablar y así no estarías tan aburrida. A los pocos minutos, miré hacia vosotras. De hecho, vi cómo me mirabas. Si no te hubiera conocido, diría que me miraste incluso con interés. Silvia me estaba mirando con esa cara de morbo que significaba que no iba a aguantar a llegar a su casa, que me iba a arrancar la ropa directamente en el aparcamiento.

Le lancé un beso y la miré con lascivia. Ella simuló echarme el lazo y tirar de una cuerda invisible. Yo fui hacia ella imitando a un modelo desfilando. Había mucha gente. Costaba avanzar. Tropecé con Melania, que me miró con picardía mientras sorbía sexy de la pajita de su bebida. Muchos ven solo una tía buena, pero quien se atrevía a acercarse y conocerla un poco, se daba cuenta de que era una persona que merecía la pena tener de amiga. A mí siempre me había caído bien. Era muy interesante y divertida. Y lo que era mejor aún: pasaba absolutamente de lo que dijera nadie.

—Hola —le dije moviendo la cabeza para saludar.

—¿Qué tal? —dijo provocativa, mientras se acercaba insinuante—. Baila un poco conmigo, anda, que estoy sola.

—No sé bailar —bromeé—. Y no soy nada divertido. Te aburrirías conmigo.
—Intenté avanzar, pero se aproximó aún más.

—Seguro que haces que sea una noche divertida.

Me guiñó un ojo y se arrimó tanto que sentí sus pechos en mi brazo, el cual alcé inmediatamente para evitar más roces. Aproveché que tenía el brazo en alto para abrir la palma de la mano y decirle adiós. Por fin pude llegar donde estabais vosotras. Agarré a Silvia por la cintura, pero me apartó.

—Vete con Melania —me espetó Silvia, enfadada—. Con ella lo pasas muy bien.

—¿Pero qué dices? —pregunté sorprendido. No entendía nada. Cuando parecía que la noche se estaba reconduciendo, de la nada, aparecía aquel drama.

—Anda, que te hemos visto coquetear con ella. —Silvia te miró con complicidad. Estaba claro que habíais estado criticándome. Imaginé que habías comentado que me estaba comportando como un cerdo.

—Ha sido ella —expliqué señalando hacia atrás, donde estaba Melania. Yo seguía atónito—. Yo no he hecho nada.

—Ya. No has hecho nada. Solo te has dejado hacer.

—¿Qué pretendías? ¿Le doy un empujón?

—No sé. Tú sabrás.

—Estoy flipando. Tú lo has visto, ¿no? —te pregunté—. ¿He hecho algo yo?

En aquel momento, pensé que si eras tan honesta, sincera e inteligente como decía siempre Silvia, habrías visto lo que había pasado en realidad, me darías la razón y evitarías un conflicto entre Silvia y yo. No obstante, callaste dándole la razón a tu amiga y con eso contradijiste todo lo que Silvia contaba de ti, a la vez que corroboraste lo que yo creía.

—Alucino. —No pude soportar más allí. Vi mi cazadora en el montón de ropa que había en la repisa de la columna, tiré de ella y me fui sin mirar

atrás.

Capítulo 2

Lujuria

Una promesa es el comienzo de una mentira.

Salí de El Rincón de Marc muy enfadado. No entendía la actitud de Silvia. Mientras conducía, me empecé a sentir mal. Descubrí que no me gustaba estar molesto con ella, que no podía irme a casa y dejar las cosas así. Estuve un rato estacionado en doble fila frente al bloque de pisos donde vivía. No podía dejar a Silvia allí; no estando enfadados. Decidí que tenía que volver. Por la ventana del salón de mi piso se veía luz, por lo que subí para comprobar que todo estaba bien. Sí, mi madre estaba echada en el sofá, durmiendo.

—¡Joder, mama! —se me escapó al ver los orfidales encima de la mesa de centro.

No quería despertarla, así que lamenté haber gritado. Por suerte, no se inmutó. La tapé con una manta y salí de casa sin hacer ruido. Llegué a El Rincón de Marc, entré y busqué a Silvia. Me tuve que abrir paso a empujones prácticamente. Llegué hasta el fondo, donde estaba el aseo. Nada. Volví a la entrada. No daba con ella. En la barra encontré a mi grupo de amigos.

—¡Ey, ese Tristán! —gritó Javi mientras me abrazaba. Estaban todos muy borrachos.

—Oye, ¿has visto a Silvia?

—Te tiene pillado ¿eh? —contestó. No me hizo gracia el comentario, pero no dije nada. Quería encontrar a Silvia si aún estaba allí. Además, Javi no estaba para ningún tipo de conversación.

—¿La has visto? —repetí.

—¡Chicos, chicos! —gritó mientras levantaba el vaso de tubo—. ¿Alguien ha visto a Silvia? —Yo miré para otro lado un poco avergonzado por las

voces de Javi, pero no pude evitar reírme. Todos negaron.

—Gracias. Si la veis, decidle que la estoy buscando.

Me despedí y me dirigí a la salida. Vi que Javi cuchicheaba algo con el resto, pero no le presté atención. No hasta que comencé a oír a un grupo de borrachos corear.

—¡Tristán! Oe ¡Tristán! Oeeee ¡Tristán! Oeeeeeee ¡Tristán, oeoeoeoe!

Me partí de risa, claro. Sin embargo, funcionó. Al principio no sabía por qué lo hacían. Pensé que estaban haciendo el payaso, sin más. Cuando vi a Jon venir hacia mí, deduje que coreaban mi nombre para que Silvia pudiera saber que yo estaba allí. ¡Qué genio, Javi! Aun borracho, solo a él se le podían ocurrir este tipo de cosas.

—Estamos aquí, en esa esquina —me informó Jon.

—Gracias, tío.

—Silvia no ha parado de llorar y decir que la ha cagado. No seas duro con ella, ¿vale? Entiende que se puso celosa...

—Sí, tranquilo Jon —le interrumpí. Gracias. Solo quiero verla y darle un abrazo. No puedo estar enfadado con ella.

Jon me dio un manotazo de compañerismo en la espalda y parpadeó lentamente mientras asentía. Cuando llegué hasta donde os encontrabais, vi que estabais cogidas de la mano y, en cuanto me vio, se puso a llorar. Fui hacia ella y la abracé con fuerza.

—No, no llores. No quiero que estemos enfadados —le susurré. Le di un beso en la frente y me apretó contra ella.

—Lo siento —pudo decir; se le entrecortaba el llanto y no era capaz de explicarse—. Te vi ahí con ella... ¡Y está tan buena la cabrona! Que me dio miedo.

—No tienes nada que temer. —La acaricié y le aparté el pelo para limpiarle las lágrimas—. Tú eres mi todo —susurré mientras le daba un beso en la mejilla. Me miró con esos ojos grandes negros llenos de lágrimas—. No te preocupes, gatita. ¿Nos vamos y lo solucionamos?

—¿Gatita? ¿En serio? —frunció el ceño con media sonrisa.

—No te gusta, ¿no? —Ella negó—. Ya. En cuanto lo dije, me sentí un poco

ridículo.

Recogimos nuestras cosas y nos fuimos. Cuando estábamos llegando al coche, Silvia me sujetó los brazos y se puso frente a mí.

—¡Espera! No quiero que estemos enfadados nunca. Lo he pasado fatal. Te has convertido en la persona más importante de mi vida. Si se cruza alguien tendré que asumirlo, pero no estoy dispuesta a perderte por una actitud tan estúpida como la que he tenido. Te prometo que no volveré a comportarme así; eso sí, tú tienes que prometerme algo también.

—No me gusta prometer. Una promesa es el comienzo de una mentira.

—Yo necesito estar segura de que, si en algún momento sientes algo por otra persona, no me vas a engañar. Si llega a pasar, dímelo, déjame, haz lo que tengas que hacer; pero no me engañes.

—¿Sabes? —Le tomé la mano con dulzura—. Eso puedo prometerlo.

Se tiró hacia mí y me abrazó con todas sus fuerzas mientras lloraba liberando la tensión acumulada. Me empezó a dar besos. Muchos besos. Primero eran tiernos y en la mejilla, mientras sentía aún alguna lágrima caer. Llegó a mi boca. Tras unos besos tiernos, mordisqueó mis labios con suavidad. Nos besamos mientras me agarraba la cara con ambas manos. Su lengua jugueteaba con ansia nerviosa con la mía. Después llevó su lengua a mi oreja. Comenzó a lamerla despacio y a darme ligeros mordisquitos. Sentía su respiración agitada junto a mi oído.

—Vámonos, vámonos —dije apartándola.

Ella se mordió el labio inferior con lascivia mientras me miraba, provocándome. Entramos al coche para ir a su casa. Cuando iba a arrancar, tomó mi mano y me la llevó por debajo de su blusa. Sentí su pecho desnudo. ¡Se había quitado el sujetador! ¿Cuándo? Mordió su labio inferior aún con más fuerza mientras movía su mano, que sujetaba la mía, para que acariciara sus senos pequeños y firmes. Para que los manoseara, más bien. Emití un resoplido de deseo.

—¡Venga, vamos para casa! —me aceleré. Arranqué y salí haciendo chirriar las ruedas.

—Se te ve alterado —me dijo con picardía.

—Un poco solo.

—Bueno... ¿un poco solo? Tus pantalones no dicen lo mismo. —Se mordió

el labio suavemente de nuevo.

Sentí que ella me quería arrancar todo en ese momento. Y yo también lo deseaba, claro, así que aceleré. Antes de recorrer la primera calle, sentí su mano en mi muslo. La miré. No. Esa mirada no. Era la mirada de "te voy a hacer de todo hasta que no puedas más".

—Mmm —gimió en forma de susurro cuando puso la mano en mi entrepierna. Yo, de puro placer, cerré un segundo los ojos.

—No, no —protesté con voz débil. Le aparté el brazo—. Es peligroso.

En cuanto agarré el volante de nuevo con las dos manos, volvió a acariciarme la entrepierna, cada vez más rápido. Me desabrochó los botones del pantalón y metió la mano por dentro. Estaba un poco fría, lo que aumentó aún más la sensibilidad de las caricias. Creí que me corría allí mismo, en ese momento. Me masturbó moviendo la mano por el poco espacio que le dejaba el pantalón en esa postura.

—¡Hostia, la poli! —grité mientras le aparté el brazo. Ella se abotonó la blusa. Yo me abroché lo que me dio tiempo, a la vez que estiraba la camiseta por encima del pantalón lo máximo posible intentando disimular mi erección.

Hicieron señales para que disminuyera la velocidad. Yo estaba acalorado y sofocado. Sentía que me ardía la cara. Miraron hacia dentro y me indicaron que detuviera el coche en el arcén. Aparqué donde me señaló y bajé la ventanilla.

—Buenas noches —saludó con seriedad.

—Buenas noches —respondí manteniendo la compostura. Silvia estaba tratando de ponerse seria, pero se notaba que se le podía escapar la risa en cualquier momento.

—Control de alcoholemia. Déjeme la documentación, por favor.

—Rebusqué en la guantera. Estaba nervioso, así que saqué todo lo que tenía allí guardado. —¿Ha bebido usted algo?

—Solo una cerveza. —Le extendí todos los papeles.

Miré a Silvia. Seguía aguantando la risa. El agente revisó la documentación; me lo devolvió todo menos un papel y el carné de conducir. Se los entregó a su compañero, que fue con ellos a la patrulla. Silvia comenzaba a reírse, aunque se tapaba la nariz y la boca. Le di un manotazo suave en el brazo. No había manera de que se pusiera seria.

—Para —le susurré mientras me empezaba a reír. Si a Silvia se le escapaba la risa, yo me iba a descojonar allí mismo.

—Mire —me extendió algo dentro de un plástico—, desenvuelva la boquilla y sitúela en el aparato.

A Silvia se le escapó una carcajada. El policía la miró con desaprobación. Se tapó la boca y la nariz con más fuerza. Yo saqué la boquilla y la coloqué.

—Ahora sople de manera continuada hasta que suene el aparato. Miré a Silvia, que seguía con la boca y la nariz tapadas. Iba a explotar en cualquier momento y, mientras, yo me estaba quedando sin aire. Ese cacharro no parecía pitar nunca.

—Muy bien —dijo el agente cuando sonó al fin—. Saque la boquilla del aparato—remarcó el policía mirando a Silvia con sorna—. Puede continuar.

Nos pusimos en marcha, pero no pasaron ni cien metros cuando Silvia ya había metido su mano por dentro de mi pantalón. Menos mal que solo faltaban un par de calles para llegar. Cuando aparqué cerca de su casa, dejé que me masturbara unos minutos en el coche mientras la besaba. Metí la mano en su pantalón. ¡Estaba muy excitada! Se mordió el labio y emitió un gemidito de placer, casi un susurro.

—Vamos, vamos —dije mientras quitaba la llave del contacto.

Estábamos a pocos metros del portal del bloque donde vivía Silvia. Nos detuvimos a besarnos apoyados en la pared. Ella metió la mano por mi torso mientras yo le apretaba con fuerza las nalgas con ambas manos para arrimarla a mí y frotarme contra ella. Caminamos otros diez metros y volvimos a pararnos, hasta que al fin llegamos al portal. Mientras esperábamos el ascensor, me metió mano ya con descaro. Se abrió y entramos; me bajó un poco los pantalones y se agachó. Yo miraba al techo. Cuando vi que ya estábamos en el cuarto piso, la levanté. Ella se incorporó y metió su lengua en mi boca.

—Por cierto, no estará tu madre, ¿no? —preguntó.

—Espero que no —bromeó.

Eso esperaba yo también, porque en cuanto abrimos la puerta de su piso nos fuimos desnudando. Estaba muy excitado, pero me apetecía hacerla sufrir un poco. La empujé para que cayera en la cama y jugueteé con mi boca en sus muslos.

—Tristán —murmuró con voz melosa—. No seas malo.

Me cogió la cabeza para que fuera a donde ella quería. Estaba muy excitada. Casi de inmediato gritó de placer mientras se agitaba fruto del orgasmo. Esperé unos segundos y me puse encima de ella.

—¡Fóllame! —dijo con lascivia.

Con cada movimiento mío, se retorció de placer; con cada caricia, gemía. Silvia estaba en un estado de excitación como nunca le había notado. Tenía la sensibilidad a flor de piel; supongo que el enfado le había hecho acumular mucha tensión, y la estaba liberando. Me empujó hacia atrás para que me incorporara. Se giró e hincó las rodillas y las manos en el colchón, quedando de espaldas a mí. Yo quedé de pie junto a la cama.

Cuando la penetré por detrás emitió un gemido fuerte. Cerré los ojos y, en cuanto lo hice, me vino a la mente tu sonrisa. Tu puñetera sonrisa. Vi la imagen de cuando te conocí. Imaginé cómo te daba la vuelta y te giraba allí mismo, en la entrada del restaurante, contra la pared. Silvia agarró un cojín con violencia. Yo imaginaba que te levantaba el vestido y te penetraba con fuerza, lo que provocaba que penetrara a Silvia cada vez con más ansia. Me vino la fragancia primaveral que olí cuando me diste el primer beso en la mejilla. Silvia gemía como nunca. Yo solo veía tu rostro; tu rostro girándose hacia mí, retorciéndose de placer, sin que se borrara de tu cara esa puñetera sonrisa deliciosa tuya.

Capítulo 3

El hospital

Ese mundo luminoso es como veo la vida a través de ti.

Silvia y yo estuvimos prácticamente toda la noche despiertos. Después de hacer el amor, nos quedamos en la cama mirándonos y acariciándonos. Tras un buen rato en silencio, hablamos de nuestras vidas, nuestros proyectos, nuestros sueños... Nos encantaban esos momentos.

—Yo no tengo claro cuál es mi sueño —dije—. Lo que tengo claro es que, sea el que sea, tiene que ser lejos de aquí.

—¿En serio? Pues a mí me gusta. Es una ciudad lo suficientemente grande para tener cosas que hacer, pero lo suficientemente pequeña para que sea acogedora.

—A mí me asfixia.

—Menos mal que no has vivido en un pueblo pequeño, como yo.

—¿Y tú? ¿Cuál es tu sueño?

—Vivir contigo —contestó melosa.

—Vale —dije tras darle un beso—, ahora en serio.

—Mi sueño sería vivir de la pintura, claro. Sé que es casi imposible, así que estudiaré derecho, creo.

—¿Derecho? —me sorprendí torciendo el gesto con desagrado—. Tú. Derecho. —Asintió—. La persona más creativa y con más talento que conozco va a estudiar la carrera más mohosa y aburrida que hay.

—Ja ja ja. Mohosa, dice.

—Mira —ordené, tras lo que me levanté de un salto para ponerme junto al cuadro que estaba pintando. No se veía nada porque estábamos a

oscuras, pero lo señalé de todas formas—. ¡La persona capaz de pintar esto quiere estudiar derecho! —exclamé. Ella se rio aún más—. Claro que vas a poder vivir del arte. Desde Turner, no he visto a nadie capaz de reflejar la puesta de sol con esa vaporosidad, de captar la luz tenue que se esconde tras las montañas con esa lucidez y a la vez con esa sensibilidad. —Silvia seguía echada en la cama, desnuda. Apoyó el codo en el colchón para reposar la cabeza en la mano y así verme mejor—. Si el mundo no valora tu arte y te aboca a aburrirte estudiando Derecho, es un mundo donde definitivamente no merece la pena vivir.

—¡Me encanta cuando te pones así de exagerado y hablas con ese tono pretencioso!

—¿Quieres que me calle las cosas buenas que tienes? Siempre intentaré hacerte sentir tan especial como tú me haces sentir a mí. Y no tengo que esforzarme ni un poco, porque eres la persona más especial que conozco, así que solo tengo que explicar lo que veo.

—Ven aquí, anda.

Se destapó, invitándome a ir a la cama de nuevo. Tras hacer el amor, continuamos echados un buen rato. Apenas habíamos dormido en toda la noche y estábamos cansados. Sin embargo, pensé en mi madre, así que me levanté. Quería saber cómo estaba.

—Voy a escribir a mi madre —comenté mientras buscaba el móvil, hasta que apareció encima del escritorio.

Yo

Buenos días

09:08

¿Cómo estás?

09:08

¿Estás despierta?

09:08

—Me voy a ir —dije tras esperar y no recibir respuesta. Silvia hizo ademán de levantarse—. No te levantes, amor. No ha calado lo de "gatita"... —se rio—, así que seguiré con los clásicos: "amor", "cariño", "vida"... ¡Qué aburrido! No va nada con nosotros.

—Y, como no va con nosotros —puso el índice señalando hacia arriba para dar énfasis a la explicación—, la gente no se lo espera, por lo que sigue siendo original; por lo que es muy nosotros. —Me carcajeé con la ocurrencia de Silvia.

—Esa cabeza no deja de generar ideas, ¿no? —dije, sonriendo aún, mientras me ponía la camiseta.

Se levantó y se acercó a mí. Me quedé mirándola. Estaba desnuda todavía. Se puso de puntillas y me dio un beso en la boca.

—No quieres que marche, ¿no? —Ella negó con la cabeza—. No me mires así. No, morderte el labio, no. Me tengo que ir —dije, aunque ya había asumido la derrota en cuanto Silvia agarró mi camiseta y me empezó a arrastrar hacia la cama.

Cuando pude volver a mirar la hora en el móvil eran las 10:00.

—Ahora sí, me voy —dije dando un salto desde la cama.

—Dejaré que te vayas.

—¡De verdad que me encanta este cuadro! —dije mirando la pintura que estaba en el caballete. Todavía me impresionaba el colorido del paisaje.

—La terminaré hoy.

—¿Cómo se va a llamar? ¿Ya tiene título?

—La luz de tus ojos.

—Guau. Parece un paisaje, pero en realidad es lo que ves de una persona en sus ojos —me sorprendí—. ¡Qué pasada!

—Lo que veo de una persona, no.

—¿No? —pregunté extrañado.

—Ese mundo luminoso es como veo la vida a través de ti.

—¿En serio? —Me dio un respingo de la emoción. Asintió. Me acerqué a ella, que se incorporó en la cama sin destaparse y la abracé—. ¡Te amo tanto!

—No sigas. Mira que te quito los pantalones otra vez.

—Me voy, me voy —dije riéndome mientras volvía a incorporarme.

Terminé de vestirme y salí de la habitación. Silvia iba a levantarse también.

—No, no, quédate en la cama.

—¿Estás seguro? Mi madre tiene turno de tarde, así que es posible que esté en casa.

—Es igual —respondí. Me acerqué y le di un beso en la frente—. Intenta descansar.

—¡Dormiré hasta las tres! Estoy agotada... no sé por qué.

—Ni idea —ironicé a la vez que entorné los ojos. Me dirigí a la puerta y me despedí lanzando un beso—. Chao, gatita —bromeé. Me arrojó un cojín—. Llámame cuando despiertes. Te quiero.

—Te quiero, gatito —dijo alzando el brazo como una garra.

Al salir vi luz a mitad del pasillo, así que supuse que la madre de Silvia se encontraba en casa.

—Hola, Ruth —saludé al pasar por la entrada a la cocina. Estaba en la ventana tendiendo ropa y se giró, asustada, dando un saltito.

—¡Ay qué susto me has dado, Tristán!

—Perdón, perdón. Ya me voy.

—¿No desayunas nada?

—No, gracias.

—Te preparo algo.

Dejó el pantalón que tenía en la mano en el cesto de la ropa mojada y sacó una cafetera italiana del armario.

—No, en serio, Ruth. Tengo que irme, de verdad.

—Ven a comer, entonces. Yo hoy entro a las cuatro, así que comeremos sobre las 2.

—¡Vale, genial! —exclamé. Estaba encantado en aquella casa con Silvia y

Ruth.

—Ay, no sé si tendré algo raro de eso tuyo —dijo con preocupación.

—No hay problema. Mira —abrí el armario—, ayer Silvia compró estos botes de garbanzos cocidos, así siempre habrá cosas que pueda comer. Cuando venga, lo escurro bien, le añado tomate, cebolla, calabacín y algo más, y listo.

—No, no. Ya lo prepararé yo. Si con alguna cosa tengo dudas, le preguntaré a Silvia para saber qué puedo echar.

—Genial. Luego nos vemos.

Por fin salí del piso de Silvia. Fui hasta el coche y conduje hasta casa. Aparqué a un par de manzanas. A esas horas es difícil encontrar aparcamiento. Cuando estaba frente a mi piso, vi que la luz del salón seguía encendida. No quería pensar mal, pero estaba convencido de que mi madre se había pasado la noche en el sofá, empastillada.

Subí al ascensor. Estaba pensando si tenía algo preparado en la nevera para evitar a Ruth más trabajo. Recordé que me había sobrado algo del guiso de repollo con patata cocida. Mientras salía del ascensor, sacaba las llaves y entraba en casa, le escribí a Silvia.

Yo

Me invitó tu madre a comer, así que iré a tu casa antes de las dos.

10:32

Dile que no prepare nada.

10:33

Tengo repollo ya hecho.

10:33

Lo llevaré y así no hace falta preparar nada para mí.

10:33

¡Te quiero tanto!

10:33

—¡Mamá! —grité por el pasillo mientras guardaba el móvil de nuevo en el pantalón—. Ya te vale, toda la noche ahí en el sofá. ¡Mamá!

Me estremecí cuando entré al salón. Mi madre estaba tendida en el suelo. Parecía inconsciente. Le caía la baba de la boca, que se mezclaba con sangre, aunque no podía distinguir de dónde brotaba. Aprecié que tenía el labio roto. Pensé que podía ser de ahí. No. Había demasiada sangre para ser del labio. ¿Qué había pasado? Me asusté. No sabía qué hacer. Mi madre estaba en el suelo, inmóvil. También tenía una ceja abierta. Me agaché.

—¡No, no! —vociferé—. ¡Hijo de puta! —bramé con rabia entre dientes.

Tenía miedo: aquello no era ninguna tontería. Le tomé el pulso en la muñeca. Sí, era suave y lento, pero ahí estaba. Llevaba un vestido de algodón viejo que usaba para estar por casa, pero se había desgarrado por varias partes. Había quedado descubierta la zona de los riñones, que se veía completamente amoratada.

—¡Joder! Para qué me habré quedado en casa de Silvia. ¡Mierda! —grité.

Me levanté y me llevé la mano izquierda a la frente, que noté húmeda al instante. Me la miré: estaba llena de sangre. Metí la derecha en el pantalón para sacar el móvil. Estaba temblando y no era capaz. Tuve que agarrarme el brazo derecho con la mano izquierda para no que no se moviera tanto y, así, poder sacar el móvil.

—Sí, mire, calle Nogal 35. Rápido —expliqué, confuso—. Mi madre; está en el suelo. Le han pegado una paliza. ¡Está en el suelo! —repetí gritando—. Mi padre. No, no está aquí, pero ha sido él. Seguro. Vale, vale.

Me dijeron que enviaban una ambulancia y una patrulla de la policía. Me agaché. No sabía qué hacer. Al intentar girarla, noté que el vestido estaba roto también por detrás. ¡Dios, cómo tenía la espalda! Eso eran marcas de cinturón. Las conocía bien.

—¡Joder, joder!

No sabía qué hacer. ¿Por qué no habría hecho algún curso de primeros auxilios? Recordé que, el año anterior, un enfermero había ido al instituto y había ofrecido unos cursos gratuitos. Pero no. ¡Mierda! Qué bien me hubieran venido. Le puse un cojín debajo de la cabeza y le sequé un poco la sangre.

—Mamá —susurré mientras le daba palmaditas en la cara—. Mamá.

—¿Tristán? —entreabrió los ojos.

—¿Estás bien?

—Me duele —contestó con voz muy débil.

—¿Qué te duele?

—No sé.

Estaba casi sin voz. Cerró los ojos. Me temí lo peor. Con la mano temblorosa le agarré la muñeca. Me vi impotente. Pensé que allí se acababa su historia. Aquel hijo de puta había acabado con ella. ¡Cuántas veces le había dicho a mi madre que nos fuéramos de aquella casa! Sí, seguía habiendo pulso. Resoplé.

No sé cuánto tiempo tardó en aparecer la policía, que llegó antes que la ambulancia, pero se me hizo eterno. Un agente se agachó y atendió a mi madre, mientras el otro me tomó declaración.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó.

—Yo llegué a casa y me la he encontrado ahí, en el suelo —dije mientras se me empañaron los ojos, pero traté de mantenerme sereno para contar lo que había sucedido—. Está llena de heridas y moratones. Ese cabrón la va a matar un día.

—¿Quién?

—Mi padre. ¿Quién si no?

—¿Ya ha pasado más veces?

—Buf, así de grave, no —contesté a la vez que me llevé la mano a la frente. Noté la sangre de nuevo. Me estaba agobiando—. Sí se han dado más altercados, aunque luego mi madre nunca denuncia.

—¿Sabe que puede tramitar la denuncia usted mismo?

—Sí, ya la interpose una vez. ¿Sirvió para algo? Pues para que la reventara a hostias en cuanto volvió.

—No —se oyó con voz débil. Era mi madre, quien levantó ligeramente la cabeza del suelo—. Tu padre no.

—Señora, trate de no moverse —le ordenó el policía que estaba agachado

atendiéndola.

—¡Me he caído por las escaleras! —exclamó sin apenas voz.

—¡Mamá! —grité—. Deja de encubrir a papá. ¡Mira qué te ha hecho, por Dios! Casi te mata.

—No ha hecho nada —repitió sin fuerzas.

Me eché la mano a la cara. No podía creer que, a pesar de estar en el suelo, casi inconsciente, con los labios rotos, el ojo que se empezaba a hinchar y moratones por todo el cuerpo, siguiera encubriendo a mi padre. No podía imaginar qué clase de subyugamiento la llevaba a mentir para salvaguardar a un hombre que casi la mata. Era obvio que mentía. Además, era inverosímil que hubiera caído por las escaleras con tal fuerza que quedara tan grave y después fuera capaz de subir, cerrar la puerta y tumbarse en el salón. Nadie se podía creer eso.

—Yo voy a denunciar —comuniqué.

—De acuerdo. Deme sus datos.

Mientras prestaba declaración, llegó la ambulancia. Al bajar la camilla, por las escaleras vi que uno de los policías señalaba el suelo. Había sangre. Lo de la caída era mentira, pero algo había pasado ahí.

En el hospital me mandaron a una sala de espera mientras atendían a mi madre. No tenía que haber estado fuera. ¡No! Estaba claro que algo así iba a pasar. ¡Joder! Me agobié de nuevo. Necesitaba salir y respirar un poco, pero no quería moverme de allí. Me invadieron las lágrimas. Normalmente, cuando estoy así prefiero estar solo y sobrellevarlo a mi manera, pero ese día quería estar con alguien. Necesitaba hablar con alguien.

Llamé a Silvia. No contestó. Supuse que estaría durmiendo después de la noche que habíamos pasado. ¡No me tenía que haber quedado! Tenía que haberme ido. ¿A qué hora se habría presentado mi padre en casa? Pero esta vez sí que no. ¡Nos teníamos que ir! Salí al pasillo. No podía estar sentado.

—Silvia... contesta por favor.

Llamé de nuevo, pero nada. Caminaba nervioso de un lado a otro. ¡Ojalá hubiera pedido el número a Ruth! Me dejé caer hasta sentarme en el suelo. Doblé las piernas, puse los brazos sobre las rodillas y escondí la cabeza entre ellos. Y lloré. Mucho. Mi madre no se merecía estar allí. No se merecía la vida que había llevado. Se merecía volver a tener veinte años y empezar otra vida. El llanto se entrecortaba y me estaba

ahogando. Quería ver a Silvia, contarle todo lo que había pasado, conocer su opinión, pero sobre todo que me abrazara y poder llorar con ella.

Silvia no contestaba. No iba a contestar. Llamé a Jon.

—¡Vamos, Jon! —exclamé. Me puse en pie y caminé por el pasillo—. ¡Joder!

No contestaba. Sentí el pitido en la pantalla de turnos y entré a la sala de espera. Estaba parpadeando el mío. Fui a la consulta que indicaba, donde me esperaba una doctora.

—Su madre está estable —me informó—. Tiene varias costillas fracturadas y múltiples contusiones. Vamos a hacerle una resonancia para descartar daños cerebrales.

Me explicó que iban a hacerle varias pruebas, análisis... pero no sé muy bien qué dijo. Nunca me interesaron los datos médicos ni me informé de para qué sirve cada prueba.

—Hay que tener cuidado. Otra como esta y puede que no lo cuente.

—Ya. —"Gracias por señalar lo obvio", pensé.

Fuera de la consulta se sintieron voces. No era por la puerta por la que yo había entrado, sino por la otra. En el medio de la consulta se encontraba la mesa de la doctora. Yo había entrado por la puerta que había a la derecha, mientras que las voces procedían de detrás de la puerta de la izquierda. Supuse que, por la que había entrado yo, era para acceder desde la sala de espera de urgencias para informar a familiares, mientras que la otra era para el acceso desde las consultas con cita previa.

—Espere un momento. Voy a ver por qué hay tanto lío.

Se levantó y abrió la puerta de la izquierda para averiguar de dónde procedían las voces.

—Oigan por favor —exclamó en cuanto salió—. Vayan a la sala de espera. Aquí no se puede estar.

Salió al pasillo, arrimó la puerta y estuvo unos minutos fuera.

—¿Puedo estar con ella durante las pruebas? —pregunté en cuanto entró.

—No, mire, lo mejor es que vaya a casa e intente tranquilizarse. —Se quedó de pie junto a mí. Entendí que tenía que irme, así que me levanté.—. Hasta que terminemos de hacer todas las pruebas pasarán

como dos horas.

Salí de la consulta. No sabía qué hacer. No quería irme, pero tampoco iba a estar allí para nada. Llamé a Silvia. No tenía que haberme quedado en su casa. Si no hubiera salido y me hubiera quedado con mi madre, no habría pasado esto. Seguía sin responder. Decidí ir a la cafetería. No había desayunado, aunque tampoco iba a comer nada. Ni me apetecía ni iban a tener nada que yo pudiera comer, pero al menos tomaría un café solo. En algún bar, tenían leche de soja o almendra, pero por lo general ya no me molestaba en preguntar. Escribí a Silvia.

Yo

¿Estás despierta?

12:06

Llámame cuando puedas.

12:06

Es importante.

12:07

Necesita hablar. La culpa me estaba ahogando. Necesitaba ordenar mis ideas mientras se lo contaba a alguien; que me dijeran que no era culpa mía. Lo sabía: la culpa la tenía ese hijo de puta. Sin embargo, veía a mi madre tendida en el suelo, ensangrentada y amoratada, y me sentía mal. Si yo hubiera estado... No, eso no podía volver a ocurrir.

Estaba terminando de escribir a Silvia cuando te vi. Venías casi corriendo. Te saludé con la mano, aunque no me viste. Pensé que podía hablar contigo. No habíamos comenzado con buen pie, pero necesitaba hablar con alguien. No podía cargar con ese peso yo solo. Tenía que compartirlo. Me levanté para que me vieras y te saludé. Parecía que seguías sin verme, pero me miraste un momento. Fue solo un segundo; lo suficiente para mirarnos a los ojos. Apartaste la vista rápidamente y seguiste corriendo.

No lo podía creer. Sí, cierto que la noche anterior no habíamos hecho migas, pero que apartaras la vista cuando te estaba saludando me pareció exagerado. Me senté, terminé el café y decidí ir a casa.

Llegué a casa. Entré y mi padre salió al pasillo. Me puse muy nervioso. Siempre me había intimidado. Cada vez que había intentado ponerme en medio, había recibido algún golpe.

—¿Qué haces aquí? —pregunté sobreponiéndome al miedo—. Tienes que irte. No quiero verte más en esta casa.

—Contigo quería hablar.

—Dame las llaves. No puedes tenerlas. Ni estar aquí. Mamá ya te ha dicho que no quiere estar contigo.

Se acercó a mí. Yo, inconscientemente, retrocedí un paso.

—Mamá no ha dicho nada. Lo has dicho tú. Y esta es mi casa tanto como la suya. O más, que para algo la he pagado y os he mantenido todos estos años.

—¡Qué hijo de puta eres! —dije con todo el asco que tenía dentro—. Te juro que como vuelvas a aparecer por aquí te reviento la cara.

—Un respeto —dijo riéndose con ironía—, que soy tu padre.

—Dame las llaves y lárgate.

—Me ha llamado la policía. Por lo visto tu madre se ha caído por las escaleras y me has echado la culpa a mí.

—Como vuelvas a tocar a mamá, te mato.

Se acercó y me agarró por la camiseta a la altura del pecho, retorciéndomela con el puño. Intenté apartarle el brazo, pero noté toda la fuerza de toda una vida descargando ruedas en un almacén.

—Entérate, chaval. Como vuelvas a denunciarme, como vuelvas si quiera a nombrarme en la policía, prepárate —me amenazó mientras me miraba con odio.

Me soltó de un empujón. Yo estaba muy cabreado, pero también estaba atenazado por el miedo. Se dirigió a la puerta.

—Dame la llaves —dije casi sin voz. Ni me miró—. ¡Dame las llaves!
—grité. Pasó a mi lado y me apartó con desprecio. Le sujeté por el brazo—
¡Que me des las llaves!

—No tengo llaves —respondió con sorna casi ya en la puerta.

No podía dejarlo que se fuera con las llaves. El miedo me podía, pero tenía que aparcarlo, aunque fuera un segundo. Estaba abriendo. Tenía una espalda ancha casi tan ancha como el quicio de la puerta. No podía

irse con las llaves.

—¡Que me des las llaves! —exclamé, tras lo que me abalancé sobre él por la espalda.

Se giró. Tenía una mirada de odio que jamás había visto. Ni siquiera en él. Me empujó y reulé unos metros. Vi que había cerrado el puño. Estaba muy nervioso. Como lograra tumbarme, no sabía lo que podía pasar. Tenía en la retina las veces que había tumbado a mi madre de un puñetazo y luego la levantaba por los pelos. Y la abofeteaba. A veces sacaba el cinturón, la ponía de espaldas y le golpeaba mientras mi madre chillaba y se retorcía.

Logré esquivar el puñetazo. Intenté contraatacar y le golpeé en el estómago con todas mis fuerzas. Pareció no inmutarse. Intenté dar más fuerte. Le acerté en toda la cara. Te juro que le di con todas mis fuerzas. Con miedo, sí. Pero concentré toda la rabia en aquel puñetazo.

Ni pestañeó. Tuvo que dolerle; de hecho, salió algo de sangre de su labio inferior, pero ni se movió del sitio. Ese segundo de desconcierto, en el que estaba absorto pensando en que mi padre no parecía haber sentido los golpes, sirvió para que se rehiciera. Sentí un puñetazo en mi cara. Como si dos toneladas me cayeran encima. Caí al suelo. Me pitó el tímpano. Sentía arder la parte izquierda de mi cara y apenas oía nada por ese oído.

—Vas de salvacausas con esas pintas de pordiosero y eres un pringado.

Se acercó a donde estaba. Lo miraba asustado desde el suelo. Alguna vez, de niño, me interpusé entre mi padre y mi madre; mi padre me agarró con todas sus fuerzas por el cuello y me levantó del suelo. No me podía mover. En aquel momento sentí la misma impotencia. Intenté recular. Sentí una patada en las piernas.

—¡Un mierda eres! —dijo con asco. Se acercó más y me dio una patada en el estómago—. Vas de alternativo con tu mierda de animalitos y tu mierda de poemas. No puedes ni tener una novia normal. Tienes que buscarte una novia negra para que todos sepan lo moderno que eres.

Me invadió la rabia. Intenté levantarme, pero me dio otro puñetazo. Me golpeó de nuevo en la parte izquierda de mi cara. El oído me retumbó. Pensé que, de aquella, quedaba sordo. Caí al suelo de nuevo. Me golpeó. Y volvió a golpear. No sé cuantas veces. Me encogí doblando las piernas. Pensé que no iba a parar. Creí que quedaba allí y no me iba a levantar nunca. Solo podía llorar e intentar protegerme con los brazos. Me miró con desprecio desde lo alto.

—Dedícate a tus animalitos y a tus gilipolleces, pero como vuelvas a

hablar de mí con la policía, esto te va a parecer una broma.

Se apartó para irse. No podía moverme. Oí el sonido de un golpe fuerte. Me pude girar lo suficiente para ver que mi padre se había golpeado contra la esquina de la puerta, pero no se detuvo. Yo me quedé llorando. Me dolía todo. Me ahogaba. No había podido defenderme de mi padre. Se me entrecortaba la respiración por el llanto. No iba a poder defender a mi madre. Mi padre tenía razón: era un mierda.